

LA CUESTIÓN NACIONAL EN JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI: UN DEBATE ACTUAL SOBRE LA VIGENCIA DE SU PENSAMIENTO

María Fernanda Vassallo¹

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

«... Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impuso, me esclareció el deber de una tarea americana. Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo tenía una conciencia clara, una noción nítida. Sabía que Europa me había restituido, cuando parecía haberme conquistado enteramente, al Perú y a América...»

Mariátegui, J. C. *Itinerario de Waldo Frank*. Variedades. Lima, 25 (1135): 2-3, 4 dic. 1929.

Recuperar la historia de lo que se suele llamar *nación latinoamericana* no es sencillo pues no es una región con trayectorias homogéneas, estructuras consolidadas o sociedades integradas sino que, por el contrario, es un subcontinente social, cultural y económicamente heterogéneo. La *nación latinoamericana* es un espacio que enfrenta los retos del proceso de occidentalización resultante de la inserción de la región en la economía mundo capitalista a partir del siglo XVI, lo que no quita reconocer ni dejar de especificar la existencia de identidades locales emergentes.

El concepto *nación latinoamericana* por el cual se intentó dar cuenta de esta heterogénea realidad tuvo una historia de transformaciones y reconstrucciones. El mismo tuvo una larga y agitada vida: a finales del siglo XIX y principios del XX tuvo que referir a un pasado de luchas intestinas y a un presente de proyectos de Estado y Nación predominantemente blancos contruidos desde arriba que excluían material y simbólicamente a indígenas y campesinos, para poder remitir a un futuro que indefectiblemente sería de unidad continental.

La historia del rediseño de la noción de nación es también la historia del fracaso de las elites dominantes que en los distintos países latinoamericanos no han podido elaborar consensos de alcance nacional sobre cuestiones como el estado, lo étnico y la identidad que superasen la fragmentación y los clivajes regionales. Se trata de un doble juego de realidad y abstracción conceptual, por lo que *nación* puede ser historizada al igual que todos los conceptos de las ciencias sociales.

La nación es una construcción de los intelectuales orgánicos a los regímenes oligárquicos que construyeron los Estados, por lo que su re conceptualización realizada por otros intelectuales desde principios del siglo XX pretendió mostrar la inconsistencia

¹ Profesora y licenciada en historia por Universidad Nacional de Córdoba. Máster en ciencias sociales y humanidades por Universidad Nacional de Quilmes. Diplomada en curriculum y gestión educativa por FLACSO.

de los discursos oligárquicos en nombre de las identidades más heterogéneas que habían quedado excluidas del relato blanco y mostraron a la nación como un interrogante antes que como una realidad ya concretada. Los intelectuales de finales del siglo XIX en América Latina tuvieron una configuración dual entre el mundo de las ideas y el mundo del poder; el cambio de siglo vio emerger, gracias a la prensa que les otorgaba un amplio margen de autonomía laboral, el fenómeno de intelectuales inorgánicos que refiguró su rol político cultural.

La nación en América Latina fue considerada desde su configuración como una comunidad política moderna. Esa construcción se asentaba sobre una ruptura entre las identidades político culturales pre modernas o coloniales y las modernas o republicanas al mismo tiempo que entiende que el nacionalismo construye a las naciones y no al revés (véase Anderson, 1984 y también la crítica de Palti, 2002 y 2007). En esa construcción de la nación jugaron un papel central las élites que a través de la educación, la estandarización de la lengua y los medios de comunicación intentaron construir la identidad nacional y la cultura política sobre la que se sustentó la comunidad lingüística, cívica, popular y territorial que es, al fin y al cabo, una nación.

La nación decimonónica tuvo esa característica constitutiva: política y culturalmente fue excluyentemente blanca. Era esperable que luego de las luchas independentistas urja la necesidad de construir espacios nuevos para dotarlos de instituciones con identidad propia que marcasen diferencia con el pasado de conquista y colonización, pero también con el pasado aun anterior. Sobre todo porque se entendía que lo anterior era lo salvaje y el atraso y superarlo era entrar en los caminos de la civilización. Para hablar de la *nación latinoamericana* rescatamos a José Aricó que en su texto *La hipótesis de Justo* destaca el problema de la unidad, central para hablar de Nación (Aricó, 1999). Pensar en nación como categoría en América Latina implica una problemática:

Una realidad no pre constituida sino en formación, cuya morfología completa no puede ser concebida como la mundialización de un a priori sino como un producto histórico en prolongado proceso de constitución, pero que puede ser posible como tal por la presencia de un terreno histórico común que se remonta a una matriz contradictoria pero única. (Aricó, 1999: 18).

Al igual que Aricó es importante rescatar a Elías Palti, quien en su texto *La Nación como problema* recorre lo que en el siglo XIX y XX fue el surgimiento de los conceptos de nación genealógico y anti genealógico (Palti, 2002). El siglo XIX impuso un concepto de nación construido "desde arriba", para Palti es evidente que la concepción nacionalista² de la nación no tiene más de dos siglos de antigüedad, pero entiende que el único modo de esclarecer su singularidad es reconstruyendo su marco conceptual genealógico. Para ello plantea como punto de partida la necesidad de criticar el lugar común según el cual habría una doble vertiente de la idea moderna de nación: la ilustrada basada en lazos contractuales y la romántica que supone una entidad orgánica

² El nacionalismo como ideología se caracteriza por supuestos en el sentido de que el mundo se divide naturalmente en naciones, cada una con un carácter propio y un destino; la nación es la fuente del poder político; si los hombres quieren ser libres y realizarse, deben pertenecer a una nación; las naciones solo pueden ser liberadas y realizarse si cuentan con su propio Estado (Smith, 2000).

existente más allá de la voluntad de sus miembros, una sería democrática y cosmopolita y la otra autoritaria, exclusivista y reaccionaria.³ El autor sostiene que se trata de una distinción simplista ya que no existen relaciones necesarias entre matrices conceptuales e implicancias ideológicas. Esta doble configuración del concepto de Nación hace difícil pensar en cierta coherencia a la hora de definirla.

Concluida la "larga espera", no había experiencia previa sino más bien modelos a copiar: tendencia a incorporar los modelos de nación más eficaces, los del nacionalismo lingüístico. Las elites latinoamericanas partieron de la necesidad de un Estado que imponga rasgos compartidos a poblaciones heterogéneas. Durante el siglo XX asistimos a la erosión del concepto genealógico y modernista: la nación ya no podía seguir considerándose sujeto de la historia que porta su sentido y la explica, sino que ella misma debía ser explicada. Este nuevo marco conceptual es una condición de la perspectiva antigenealógica que dejó de lado la presunción sobre la existencia de fundamentos objetivos de las naciones para pasar a tratarlas como mitos, ficciones o construcciones discursivas. Esta nueva forma de entender la nación puso en escena búsqueda por incorporar a aquellos que hasta entonces habían sido excluidos.

De lo mencionado deriva especificar que la formación identitaria resultaría ser un proceso complejo: en América Latina no se gestaron identidades nacionales de carácter combinado o mestizas sino que por el contrario germinaron identidades fragmentadas y sobre todo jerarquizadas. Ello es posible por las estructuras heterogéneas en todas las variables analizadas, como va a decir Oscar Terán sobre Perú (Terán, 1985).

Las naciones se construyeron desde dentro y también bajo influencias externas. Las realidades internas, las estructuras propias dan sentido y conforman en parte la nación junto con los sujetos y sus particularidades, pero también el sistema mundo imprime sus influencias en esas constituciones.⁴

En el enfrentamiento o en la difícil negociación entre lo propio y lo foráneo, la balanza, sobre todo en lo que se refiere a identidades que derivan del poder social, político y económico, se ha inclinado decisivamente hacia modelos hegemónicos importados.

La Nación como cuestión también ocupó al Marxismo, aunque esta aparece como una constante no resuelta. El relato de la nación blanca se empezó a romper y cuestionar en los debates de la II Internacional, en donde la nación fue un tema de discusión y adquirió profundidad en los Congresos de la III Internacional. Georges Haupt en *Los marxistas frente a la cuestión nacional: la historia del problema*, reafirma que para Marx y Engels⁵ la Nación no fue más que una categoría transitoria que corresponde a la necesidad del desarrollo del capitalismo y cuyas particularidades y contrastes se irán

³ No se trataría de un par analítico neutro utilizado para definir o describir fenómenos, sino que también importa una valoración de los mismos.

⁴ De hecho para Mariátegui lo internacional va a ser muy importante, la incorporación de Perú al sistema capitalista y la lucha contra el sistema mismo que se busca desde los socialismos hacen que lo externo juegue papel importante en su pensamiento y en sus acciones. Una de sus referencias más claras a este tema en su texto *Lo Nacional y lo Exótico*.

⁵ También es importante destacar que a ellos Latinoamérica no le resultaba espacio atractivo de análisis y podrían enmarcarse en los llamados pueblos sin historia. Recién en épocas de la II y III Internacional, nuestro espacio va a entrar en las filas de análisis y discusión en el interior del marxismo.

borrando ya con el desarrollo de la burguesía, hasta desaparecer radicalmente con el advenimiento del proletariado al poder.

Es desde el marxismo también, que Otto Bauer, desde el seno de la II Internacional criticó las concepciones existentes en su época sobre nación:

Bauer critica diversas teorías anteriores sobre la nación. En primer lugar, las de tipo espiritual, que la definen como la encarnación de un misterioso <alma nacional>, y en segundo lugar las teorías raciales materialistas al estilo de Gobineau, basada en el concepto de una no menos misteriosa sustancia biológica heredada por la comunidad nacional; ambas son interpretaciones metafísicas y, por tanto, no científicas. En tercer lugar, las teorías voluntaristas, como las de Renan, que definen la nación por la voluntad de formar un estado. Estas son erróneas, porque implican que un pueblo que forma parte de un estado multinacional -como una gran parte de los checos- constituye una «nación». En cuarto lugar, las definiciones empíricas que definen una nación enumerando diversos rasgos individuales, tales como el lenguaje, el territorio, el origen, las costumbres, el derecho, la religión; tampoco éstas son satisfactorias porque los rasgos individuales no son esenciales y desempeñan un papel diferente en diferentes ocasiones en la configuración de la vida nacional, con lo que atendiendo a ellos no obtenemos la esencia del fenómeno (Kolakowski, 1982: 283).

La nación es una edificación conflictiva, en donde las partes deben negociar un bien común en favor de todos, pero lo conflictivo es justamente que no se puede negociar el bien común por todas las partes. Tal como se puede rastrear en Ernesto Laclau, el bien común no es otra cosa que la universalización de los intereses de las clases dominantes. En América Latina el relato nacional es producto de relaciones de fuerzas, y en su edificación primera esas fuerzas eran determinadas por las élites; lo que los años 20 van a demostrar en lo insolvente de sus discursos y proyectos.

Con posterioridad a las guerras de independencia, la tarea de construcción de un orden nacional fue llevada a cabo, entre otros actores, por los hombres de ideas, de modo que como dicen Terán:

Quando el marxismo latinoamericano arribó a la consideración de dicha problemática, ésta había alcanzado ya un grado considerable de autonomía política y teórica que difícilmente le permitiría ingresar linealmente en los cánones de lo que tanto la II como la III Internacional designarían como la "cuestión nacional" (Terán, 1985: 104).

El Continente Americano no fue objeto de análisis para los fundadores de la corriente teórica marxista. La III Internacional socialista incorporó a nuestro Continente en sus análisis, pero la II no. Los textos marxistas sobre la nación analizaban el principio leninista de la autodeterminación de las nacionalidades. Los mismos estaban más destinados a ofrecer un panorama teórico-político para las comunidades con tradición cultural fuerte o a pensar la liberación nacional respecto a la opresión colonial, pero no respondían a los interrogantes que podían tener las naciones en formación latinoamericanas y sobre todo la peruana.

Para entender la particularidad de las naciones Latinoamericanas es menester traer a colación a Tulio Halperín Donghi (1989). Luego de las guerras de Independencia fue necesario para la región, la construcción y consolidación de un Estado-Nación propio a

cada país. La realidad resultó en intentos fallidos por parte de las élites, este proceso las posicionó en un lugar importante: crear instituciones y dotarlas de funcionarios, así como asegurar la educación y generar un espacio mercantil del que los países se hicieron de ingresos económicos necesarios⁶. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, en el marco de la segunda fase de la Revolución Industrial, los Estados latinoamericanos se insertaron en el mercado mundial como proveedores de materias primas y compradores de productos industriales. Esta relación desigual establecía un vínculo de dependencia económica respecto de los grandes centros industriales, llamado *pacto neocolonial*.

En 1880, el avance en casi toda Hispanoamérica de una economía primaria y exportadora significó la sustitución finalmente consumada del pacto colonial impuesto por las metrópolis ibéricas por uno nuevo que representaría un crecimiento más rápido, pero que como costado negativo delegó una crisis de identidades y que imprimió al nuevo orden neocolonial signos de agotamiento visibles.

En ese contexto tuvo lugar la incorporación de tierras a la explotación agraria capitalista, proceso que sucedió a costa de asaltar las tierras indígenas y destruir las economías comunitarias y proletarizar la mano de obra originaria. Este fue un momento clave para ver cómo los sectores más desfavorecidos fueron excluidos de la Nación⁷. En excusas de la idea de "progreso" las élites silenciaron a campesinos e indígenas. Ellas tuvieron la idea que el devenir histórico era el devenir europeo, las ideas de que los pueblos originarios representaban el atraso, caracterizándolos como vagos y bárbaros, atravesó a los proyectos nacionales de América Latina de fin de siglo XIX. Esta concepción impidió su incorporación a la nación y al capitalismo por ser "*poco aptos para ello*". Para fines de siglo XIX, el orden conservador de Latinoamérica se empezó a encontrar amenazado por el crecimiento de una oposición que surgió en las ciudades crecientes:

Esta oposición no expresa sólo el descontento siempre disponible de la plebe urbana, sino sobre todo el de muchos jóvenes de las clases instruidas pero no necesariamente ricas, a los que la sociedad hispanoamericana no es más capaz en 1850 que en 1800 de dar el lugar que juzgan suyo en derecho, y a quienes el conservadurismo intelectual dominante resulta particularmente insoportable; a menudo esa oposición recoge también la pretensión de clases medias urbanas a recibir trato más respetuoso de sus gobernantes. El poderío económico y social que sostiene estas protestas es insignificante; si consolidan sus avances es porque logran evocar en su apoyo a elementos más poderosos, pero esto sólo lo alcanzan cuando ya han obtenido una supremacía política que ha comenzado por ser muy frágil (Halperín Donghi, 1989: 234 y 235)

⁶En esos años es destruida la estructura mercantil heredada; no serán siempre los productores quienes la añoren, pues los nuevos dueños del comercio introducen en los circuitos un circulante monetario que sus predecesores se habían cuidado de difundir: de este modo la economía confirma a la política impulsando a la emancipación del productor rural frente al mercader y prestamista urbano...

⁷Las víctimas de ese orden nuevo se encuentran sobre todo en los sectores rurales. Ya se ha señalado que uno de los elementos precursores de su aparición fue el comienzo de la expropiación de las comunidades indias, en las zonas en que éstas habían logrado sobrevivir hasta mediados del siglo XIX. Sin duda, esa expropiación no lleva necesariamente a la incorporación de los ex comuneros a nuevas clases de asalariados rurales; para ello sería necesaria una incorporación plena de las áreas rurales a una economía de mercado, que está lejos de darse (Halperín Donghi, 1989:219).

Se podría entender a la nación latinoamericana en éste momento con la fórmula gramsciana de lo *viejo que no termina de morir y lo nuevo que no acaba de nacer*. América Latina pasó de ser zona reservada a la influencia británica a constituirse en teatro de la lucha entre influencias viejas y nuevas en un territorio que no solo tiene dependencia mercantil sino que sumó una aún más complicada, la financiera.

Las elites empezaron a mostrar sus falencias y las consecuencias no tardaron en hacerse claras: los sectores populares, obreros, estudiantiles a fines del siglo XIX ya no serían fáciles de silenciar sino que por el contrario, comenzaron a aparecer en la escena dando lugar a un proceso de ampliación de sectores políticos y sujetos destinatarios de políticas. Se empezaron a conocer disputas por la participación y la ampliación de la ciudadanía que con los años se irá logrando junto con proyectos de nación más integrales.

Estas élites aun por fines del siglo XIX no tuvieron programas políticos claros que muestren una idea sólida de nación ni proyectos de innovación en lo político, lo social y lo económico.

Puedo decir que el siglo XX nació con discusiones de las estructuras vigentes. Esas discusiones no solo se dan en Latinoamérica sino que son una consonancia de los cambios en el orden mundial, transformaciones que responden sobre todo a una de las grandes consecuencias mundiales de la Gran Guerra que es el cambio de eje de la hegemonía de Europa a América del Norte, particularmente de Gran Bretaña a Estados Unidos de América. El estado Americano afirmó predominio económico y financiero sobre la América del Sur, marcando el final del liberalismo que se había impreso desde el Viejo Mundo desde las Independencias, y como dijo Halperín Donghi "*que tan mal se había aclimatado en América Latina*" (1989:298).

La renovación ideológica que marca Halperín Donghi no significó la introducción solamente de fuerzas nuevas sino el agotamiento de las soluciones que desde la Independencia ensayaron los Estados. La ampliación de las bases sociales de los estados apareció como algo urgente, como una necesidad de solución inmediata⁸.

Oscar Terán especificó, sumando a lo escrito, que en América Latina de cambio de siglo fue imprescindible constituir estructuras nacionales sobre territorios heterogéneos y con estructuras sociales muy complejas, plagadas de asimetrías y con vastas confrontaciones en su interior. Esto no significa que antes- principios y mediados del siglo XIX- no haya sido heterogéneo (todo lo contrario), pero sí, que quienes eran los encargados de esa construcción no se preocuparon en cierto sentido por incorporar a todos los sujetos, a todas las identidades y edificar en la pluralidad.

El rol que Terán le otorgó a las nuevas voces intelectuales tendió a colocarlas en un sitio privilegiado en la construcción de representaciones sobre la sociedad y en la configuración de la nación, pero también en un lugar central en tanto productores de discursos en clave de una "*terapéutica de la reformas sociales*" que:

⁸Mientras la democratización, que promete satisfacerla en el marco liberal-constitucional avanza en Uruguay y Argentina, en Perú y Chile esa misma ampliación es intentada en un marco autoritario y en México en uno revolucionario (Halperín Donghi, 1989:299).

Demanda el preciso conocimiento del campo sobre el cual pretende operar y, para tal fin, se acudirá a una sociología inspirada en los métodos de las ciencias positivistas. Los sujetos habilitados para decir la sociedad y sus males deberán ser tan científicos como escasos, y es a partir de estas minorías del saber cómo se podrá imaginar una intervención eficaz de los intelectuales sobre la esfera estatal (Terán, 1986)

La idea de las naciones surgentes fue encaminarse en el progreso y ello significó para el Estado oligárquico una "nación moderna"⁹, es decir un país integrado al mercado y a la cultura capitalista, cuestión clave para la elite y sus intelectuales ya que implicaba aplastar las disidencias y recomponer la hegemonía de un orden que veía como un frente de oposición iba surgiendo poco a poco (huelgas obreras y revoluciones radicales a principios del siglo XX). Esta oposición en avance obligó a revisar los mecanismos de control de un Estado que debió adaptarse a una nueva situación: la exigencia de diversos actores sociales a la participación política y económica. De esta manera, el positivismo permitió al Estado comprender el problema de las masas desde una pedagogía estatal que puso el acento en el sistema educativo como una forma de integrar a las oleadas inmigrantes. La sociedad para el positivismo era vista como "*organismo social*"¹⁰, por lo que una especie de higiene social permitiría al Estado superar los problemas de elevada conflictividad. Es decir, para el Estado, el positivismo era un verdadero "programa de acción"¹¹ porque tocaba todos los aspectos de la sociedad (salud, educación, moralidad, religión, economía, etc.), por lo que conformó un saber para todo tipo de contingencia que pudiese surgir en el proceso evolutivo de un proyecto que ambicionó representar a toda la nación.

Ahora bien, para continuar con el avance del escrito, es necesario aclarar los conceptos de modernización y modernidad con los que trabajamos. Referenciamos para ello a Waldo Ansaldi para especificar que "*la modernización (razón instrumental) es la expresión de la modernidad (razón liberadora) dependiente*" (1997:2), porque todas las transformaciones que produce la modernización se frenan en la relación de dependencia que crea en los países periféricos, quedando trunco su desarrollo nacional. Siguiendo esta línea de explicación, podemos inferir que Latinoamérica se vio atravesada por un movimiento progresista (modernidad) impulsado por las elites, que se reflejó en la modernización de la estructura económica y cultural y dejó en suspenso los cambios necesarios en el plano político y social, o los controló con cautela, ya que las elites veían en ellos ciertas amenazas a su hegemonía.

Cuando esos planos pudieron y debieron ser atendidos, los estados entraron en crisis. Lo social fue el eje de estallido, en un contexto de crisis económica y político-cultural. A esa crisis la detectan sobre todo los intelectuales y las articulan con la prensa para su vislumbramiento.

En el siglo XIX, la movilización intelectual puede explicarse desde un optimismo extremo, ya que "*la ciencia es aliada y guía incondicional del progreso humano*" (Terán, 2000:91), una idea que recorrió todos los círculos intelectuales, incluso los que desconfiaban del positivismo y su poder de transformación.

⁹ Concepto extraído del texto de Terán, Oscar (1986:63)

¹⁰ Concepto extraído de Salgado, Juan (2007:5)

¹¹ Concepto extraído de Biagini, Hugo (2000:29)

En ese marco de cambio de siglo que marcó una configuración nueva en donde los intelectuales de América Latina fueron protagonistas, la nación apareció como una incógnita, como inconclusa. Patricia Funes (2006) al respecto dijo que en el espacio de la nación se desarrollan las fuerzas sociales, las económicas, las de producción cultural, las diversidades regionales, los conflictos sociales, económicos, étnicos, sociales de la modernidad. Pero son esos conflictos y fuerzas las que también recrean a las naciones, diciendo entonces que de lo que entra en crisis es donde deben buscarse las respuestas a las transformaciones.

Después de la Gran Guerra la consideración de la nación por parte de los intelectuales Latinoamericanos, esta menos ligado al poder y se dirime en el campo de lo cultural. La nación latinoamericana empieza a dirimirse luego de los procesos independentistas, pero en el cambio de siglo vuelve a hacerlo en otros términos y con otros sujetos, sobre todo intelectuales nuevos. En los años 20, frente a las circunstancias históricas de los contextos nacionales latinoamericanos, la reflexión sobre la nación en los intelectuales se dirimió entre en péndulo orden-cambio. En sí como dijo Ansaldi, modernización sin modernidad.

Para Funes los Estados Nacionales en Latinoamérica configuraron sus perímetros bajo el credo liberal, más en contra que a partir del pasado (y el indio-campesino va a ser el más perjudicado). Así los pobladores originarios fueron considerados como un problema y el pasado también lo fue. Ese en contra del pasado y de los sujetos sociales que aparecieron como del pasado fueron considerados como "otro"¹², como problema.

En Latinoamérica la década de 1920 fue de gran creatividad pero también de mucha producción intelectual. En la esfera de lo cultural, los cambios se hicieron notar y marcaron rupturas con las formas de hacer anteriores; la novela rural, la prensa para sectores populares y por sectores populares, la vanguardia estética en relación con la política para visibilizar nuevos sujetos marcaron el accionar de los letrados y se convirtieron en nuevos espacios para pensar la nación, para pensar en proyectos de incorporación y de ampliación de las bases de esa nación que hasta entonces era blanca, elitista. Lo mencionado últimamente también se plasmó en discusiones en todos los ámbitos, la exclusión del orden, como invita a pensar Patricia Funes (2006), fue importante y signó el nuevo rol del intelectual: ilustrar esos aspectos de la realidad que le interesaban a ellos, denotar esos nuevos sujetos que aparecieron en las letras porque tuvieron quien hable por ellos, combatir al Estado Oligárquico. Y también Latinoamérica fue el espacio de llegada de europeos que escapan a la devastación que generó la Guerra, a la hambruna generalizada y a la pérdida de fuentes de empleo, de viviendas, y de perspectivas.

Esos años iniciales del siglo fue marcado también por el cambio de eje hacia Norteamérica, por la movilización de obreros, campesinos, artesanos, indígenas cansados de la opresión de los regímenes oligárquicos y que encontraron en los intelectuales una voz de defensa y reconocimiento. Desde lo político hubieron cambios de gobiernos que algunos países pasaron a ser autoritarismos y en lo cultural nuevas formas de expresión, nuevos vehículos de generación y nueva relación arte-política.

¹² Otro en sentido antropológico "otro diferente, otro cultural". Esa categoría de otro es hasta despectiva en cuanto se considera al diferente como inferior.

Bibliografía

Primaria

Mariátegui, José Carlos

1925.*Peruanicemos al Perú*, Amauta, Lima.

1929.*Itinerario de Waldo Frank* en *Varietades*, 25 (1135): 2-3.

1930.*Una novela de Falcón* en *Repertorio Americano*, t. XXI, No. 14.

1930.*Apuntes autobiográficos* en *La vida literaria*, Buenos Aires.

1970. *La revolución y la inteligencia*, en *Obras*, Tomo 1, Amauta, Lima.

2008. *7 ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Minerva, Lima.

Secundaria

Anderson, Benedict (1983). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económico, México.

Altamirano, Carlos (ed.) (2010). *Historia de los Intelectuales en América Latina, II los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Katz Editores, Buenos Aires.

Ansaldi, Waldo (1997). *Ritos y ceremonias sacras y laicas. Acerca de la sociabilidad cordobesa en los comienzos de la modernización provinciana* en *Anuario del IEHS Prof. Juan Carlos Grosso*, 12.

Aricó, José María (1978). (comp.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Siglo XXI, México.

_____ (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Sudamericana, Buenos Aires.

(2010). *Marx y América Latina*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires.

Basadre, Jorge (1931). *Perú: problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la Historia Social del Perú*, Casa editorial, Lima.

Beigel, Fernanda (2003). *El Itinerario y la Brújula: el vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Biblos, Buenos Aires.

_____ (2006). *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Editorial Biblos Sociedad, Buenos Aires.

Beorlegui Carlos (2003). *La Generación de 1915*, en *Filosofía en América Latina*, UCA.

Bergel, Martín (2006). *Un caso de orientalismo invertido: la Revista de Oriente (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental* en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, X, 10.

Bergel Martín y Ricardo Martínez Mazzola (2010). *América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)* en Altamirano, Carlos (ed.); *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Katz, Buenos Aires.

Biagini, Hugo (2000). *Luchas de ideas en nuestra América*, Leviátan, Buenos Aires.

Halperín Donghi, Tulio (1989). *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid, España.

Flores Galindo, Alberto (1980). *La Agonía de Mariátegui. La política con la Komintern*, DESCO, Lima.

Funes, Patricia (2006). *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Prometeo, Buenos Aires.

Gramsci, Antonio (1967). *La formación de los intelectuales*, Grijalbo, México.

Haupt, Georges (1980). *Los marxistas frente a la cuestión nacional: La historia del problema*, en Haupt, Georges, y Lowy, Michael, *Los marxistas y la cuestión nacional*, Fontamara, Barcelona.

Henríquez Ureña, Pedro (1974). *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Fondo de Cultura Económica, México.

Kolakowski, Leszek (1982). *Las principales corrientes del marxismo*, Alianza, Madrid.

Palti, Elias (2002). *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Rama, Ángel (1983). *La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)* en *Hispanamérica Revista de literatura* 36: 3-19.

Ramos, Julio (1989). *Desencuentro con la Modernidad literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México.

Requena Pablo Manuel (2007). "...han pasado este año cosas estupendas. Ha florecido una nueva generación". *Deodoro Roca y la construcción del imaginario reformista (Córdoba, 1915- 1942)*, Trabajo Final de Licenciatura, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Salgado, Juan (2007). *El positivismo en Argentina en Pensamiento Latinoamericano*, Universidad de Simón Bolívar, Ecuador.

Sosnowski, Saúl (1999). *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, Alianza, Buenos Aires.

Terán, Oscar (1985). *Discutir Mariátegui*, Alianza, Buenos Aires.

_____ (1986). *José Ingenieros: pensar la nación*, Alianza, Buenos Aires.

_____ (1986). *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires.

_____ (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin de siglo 1880-1910*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

_____ (2010). *Amuta: Vanguardia y Revolución* en Altamirano, Carlos (ed.), *Historia de los Intelectuales en América Latina, II los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Katz, Buenos Aires.

Weinberg Lilitiana (1994). *Referencia al artículo Los 7 Ensayos y el Ensayo*, en *Anuario Mariateguiano. Mariátegui 1894-1994 Centenario*. Vol VI-Nº6.

Williams, Raymond (1997). *Marxismo y Literatura*, ediciones Península, Barcelona.